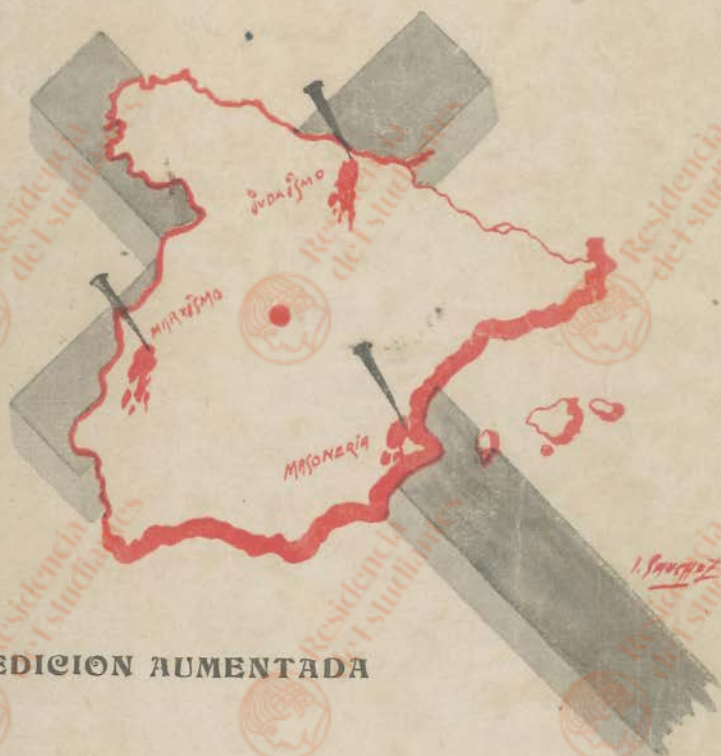


¡ESPAÑA EN LA CRUZ!

"DIARIO DE OTRO TESTIGO"



2.^a EDICION AUMENTADA

ROGELIO PÉREZ OLIVARES

en P. Castro
10 junio 1937

C-50

ESPAÑA EN LA CRUZ!

(DIARIO DE OTRO TESTIGO)

LIBRERÍA DE VARELA
PRAVIA

28 p. 1.º
1937

Jesús Pérez de Castro.

Rogelio Pérez Olivares

¡ESPAÑA EN LA CRUZ!

(DIARIO DE OTRO TESTIGO)

Impresiones de la guerra civil española.
Visión diaria de los hechos de armas
en el campamento de Guadarrama y
en otros de nuestras líneas, desde el
principio del alzamiento hasta la llegada
a Madrid. - Crónicas, juicios, entrevistas
◀ ◀ ◀ y anécdotas ▶ ▶ ▶

2.ª EDICIÓN AUMENTADA

AVILA

IMPRENTA CATÓLICA Y ENCUAD. SIGIRANO DÍAZ

Pedro de la Gasa, 6

1937

ES PROPIEDAD
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Un proemio necesario

Mi salida de Madrid.—El ambiente español.—Atropellos infueros.—Infamias y calumnias.—Los caramelos envenenados.—La vileza de Casares Quiroga.—El martirio de Calvo Sotelo.—Valladolid.—El alzamiento.—Mis agonías.—El asalto a la emisora.—Tiros, prisiones, cacheos, fusilamientos.—Una columna en marcha.—¡La guerra!—Hacia el campamento.—¡España en la Cruz!

Cuando salí de Madrid el 14 de Julio de este año de 1936, tan desgraciado para España, el ambiente de la villa era desconsolador. Bajo la superficie, aparentemente tranquila, bullían los gérmenes de la catástrofe. Todo el mundo lo sabía, lo presentía mejor; lo adivinaba con ese instinto de las muchedumbres que, a despecho de su ignorancia, acierta siempre. En cafés, en casinos, en teatros, en la intimidad de los hogares, las conversaciones giraban siempre sobre el obligado tema de la situación. ¡No se podía vivir! La tiranía, la intolerancia del Go-

bierno del Frente popular, se manifestaba siempre en la persecución y en el atropello de las personas de ideología diferente a la de los partidos que formaban aquel conglomerado funesto, aquella amalgama de tan dispares elementos políticos, que iban fomentando rápidamente la anarquía y destruyendo todos los fundamentos, los prestigios y los respetos de la existencia nacional.

Se asesinaba en la calle a plena luz; se desafiaba rencorosamente a los pacíficos ciudadanos; se turbaba con fútiles motivos la paz del trabajo y a pretexto de exhibiciones ideológicas y de manifestaciones políticas, se veían invadidas las calles por una turba escandalosa y procaz, ataviada con camisas rojas, en la que formaban hombres y mujeres de aspecto patibulario, salidos de lo más hondo de los suburbios, de las celdas de las cárceles y los patios de los presidios. Y aunque parezca increíble eran amparados en sus desmanes por la fuerza pública, creada por la Nación y sostenida por el Estado, para proteger y defender el derecho de todos los ciudadanos.

Poco a poco, la sucesión de hechos intolerables, la repetición de atropellos escandalosos, iban creando el descontento público, el malestar general, el fermento de las pasiones contenidas que fatalmente tenían que desembocar en un estallido sangriento.

La gente perseguida por la venganza de los partidos extremos que inventaba excesos inexistentes y templaba con mentiras las armas del odio, ejercitando un derecho natural de legítima defensa, se agrupaba, murmuraba entre sí, se reunía en conspiraciones y pactaba en secreto alianzas que oponer al desenfreno de los gobernantes.

Táctica villana de estos era la de provocar alteraciones públicas, atentados sangrientos, disturbios populares, incendios y saqueos y atribuirlos luego, en las referencias oficiales, a la propia gente perseguida y víctima de la crueldad hipócrita de los organizadores.

La necesidad de justificar de algún modo la existencia de la autoridad, hacía que se iniciaran diligencias judiciales, que la misma presión del Gobierno esterilizaba, para esclarecer el origen de los sucesos y procurar el castigo de los culpables. Como todo era puramente formulario, nunca se lograba la eficacia de la justicia, ni la ejemplaridad de la sanción.

Lejos de eso, la chusma suelta multiplicaba sus actividades y corría desbocada por los caminos de la violencia.

Un día circuló por Madrid una especie absurda. Varias señoras y algunas religiosas se habían dedicado a repartir, por los barrios extremos y entre